

GUERRILLERAS VENEZOLANAS DE LOS AÑOS 60

Gioconda Espina¹
giespina@gmail.com

UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA - CEM-UCV

Fecha de recepción: 08 de noviembre de 2016

Fecha de aceptación: 06 de diciembre de 2016

Resumen

Después de revisar los testimonios de tres hombres que participaron de diversas formas en la guerrilla venezolana de los años 60 (Víctor Hugo De Paola, Héctor Pérez Marcano y Américo Martín) y releer los testimonios ficcionados de tres escritoras (Victoria Duno, Antonieta Madrid y Ángela Zago), la investigadora puede concluir –al contrario de lo que quiso creer cuando era una ucevista menor de 20 años— que la guerrilla fue más imaginaria que real, más mediática que existente en la cotidianidad de la gente común de la calle y del campo; y que tuvo menos apoyo de los partidos que la decretaron y de los gobiernos de izquierda del mundo de lo que creían o hacían creer para descaminar al «enemigo».

Palabras claves: historia, imaginación, guerrilla.

Abstract

After reviewing the testimonies of three men who participated, in several ways, in the Venezuelan guerrilla of the 60s (Victor Hugo De Paola, Héctor Pérez Marcano and Américo Martín) and re-reading the fictional testimonials of three writers (Victoria Duno, Antonieta Madrid and Ángela Zago), the researcher -contrarily to what she wanted to believe when she was less than 20 years old and a college student at the UCV (Universidad Central de Venezuela)- can conclude that the guerrilla was more imaginary than real; more media than existing in the everyday life of the common people of the streets and countryside, and that it had less support from the parties that decreed it as well as from the leftist governments of the world than they believed they had or made believe to mislead the «enemy».

Keywords: history, imagination, guerrilla.

¹ Profesora FACES-UCV, Vocal del CEM-UCV. Psicoanalista de la EPFCL-Foro de Venezuela.

La primera versión de este artículo la borré ¿por accidente?, mientras trataba de mirar TV y, al mismo tiempo, añadir un comentario al texto original: toqué por error el botón «suprimir». Era una versión escrita con pura emoción, sin la debida distancia de una buena investigadora, y así fue porque a esos años de violencia política en Venezuela al que se refieren las guerrilleras a las que voy a referirme más adelante (las de carne y hueso y las de las novelas) llegué de última, a los 17 años, en 1965, a una escuela de Biología de la UCV en la que la Juventud Comunista de Venezuela, JC, ya se estaba dividiendo en «fraccios» (fraccionalistas) y «revis» (revisiónistas). Una semana me inscribí en la JC y pocas semanas después estaba con los «fraccios» de Douglas Bravo, apoyados por Fidel Castro en Cuba y enfrentados a la decisión del Buró Político del PCV que había aprobado la política de paz democrática. Actuaba yo, lo pienso ahora, «vengando» al padre expulsado del PCV y, también, con cierta culpabilidad por haber sido estudiante del Colegio «Santa María», colegio privado en el que —no lo sabía entonces— estudié becada por ser «sobrina del tío Juan» Bautista Fuenmayor, fundador del PCV en el Estado Zulia, amigo de mi padre y hermano de dos tíos políticos. Así que, con toda la irresponsabilidad del que no sabe en qué se anda metiendo, me aprendí las canciones de los «fraccios» para provocar a los «revis», como esa que decía: «el buró concilió con Johnson, el buró concilió con Johnson, por esos los camaradas ya no cargan una Thompson»... O esta otra: «quiquiriquí cantaba el Gallo cuando ese gallo sabía cantar, cocorocó te canta ahora esa gallina conciliadora»... El gallo era el símbolo del PCV, Thompson la marca de la mayoría de los fusiles automáticos ligeros, los FAL que usaba la guerrilla, y Johnson el presidente de EEUU. Cantábamos y creíamos estar haciendo «patria». Por cierto, por sumarme a los «fraccios» me gané la misma sanción que se había ganado décadas atrás mi padre: fui expulsada de la JCV. Una manifestación más de mi identificación inconsciente con él.

Tuve, pues, que renunciar al artículo eliminado ¿por accidente? O volverlo a pensar desde el principio. Decidí reescribirlo y comenzar con el párrafo anterior y hacer en el segundo párrafo esta **primera observación** general del material consultado: muchos de los hombres que protagonizaron aquel periodo prefirieron dar su testimonio después de cumplir 75 años (es el caso de Víctor Hugo D'Paola, Héctor Pérez Marcano y Américo Martín, los más recientemente publicados), mientras que las mujeres dieron testimonio inmediatamente después de la derrota político-militar de la guerrilla por las FFAA a la orden del Presidente de turno (como hicieron Victoria Duno, Ángela Zago y Antonieta Madrid). **Otra observación** complementaria de la

anterior: ellos prefirieron el testimonio político tardío pero directo, dando nombres y apellidos, direcciones, citando prensa, cartas y otros documentos; ellas prefirieron el testimonio novelado temprano (como Zago, en *Aquí no ha pasado nada*), el relato (como Antonieta Madrid en *Reliquias de trapo*) o la novela (como Duno en *El desolvido* y Madrid en *No hay tiempo para rosas rojas*), en los tres casos a partir de sus propias experiencias como mujeres relacionadas con mujeres y hombres guerrilleros urbanos o rurales o que apoyaban la guerrilla desde sus posiciones en los partidos comprometidos en ella, el Partido Comunista de Venezuela, PCV, y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR. Leyendo a unos y otras creo que hoy todos estarán de acuerdo en esto: la guerrilla venezolana de los años 60 fue más imaginaria que real, más mediática que existente en la cotidianidad de la gente común de la calle y del campo; y tuvo menos apoyo de los partidos que la decretaron y de los gobiernos de izquierda del mundo de lo que creían o hacían creer para descaminar al «enemigo». Tal y como recoge el testimonio de Ángela Zago, el único objetivo logrado en algunos «frentes» que más bien eran grupos, fue la solidaridad de los campesinos de la zona, que les dieron cobijo y seguridad, además de cariño y compañía en aquél aislamiento, seguramente en retribución al trato diferente que supieron dar ese montón de muchachos (muchos de ellos menores de edad) vestidos de kaki y con un fusil a cuestas, que provenían de los liceos y universidades y se habían ofrecido a sus partidos para sumarse a la aventura romántica alimentada por las fotos de los barbudos cubanos tomando la Habana en enero de 1959. Aquellos «frentes» de los que hablaba la prensa extranjera, en verdad eran más escuálidos que lo que mostraban las fotos, como aquella de la «columna madre» de Douglas Bravo en Falcón y que —seguramente— debo haber conservado en la memoria cuando me sumé a los «fraccios» de la Facultad de Ciencias de la UCV. Una **tercera y última observación** general antes de revisar los testimonios y novelas ya anunciados: la naturaleza romántica de aquella aventura de la izquierda venezolana se muestra al completo cuando se constata que el gran escenario, el más citado, el sitio al que todos los actores vuelven, el lugar del que salen para ir a una «acción» urbana o al que vuelven después de un fracaso en la montaña, el punto preferido para los «contactos» previos a la acción y para llegar corriendo si falla, es el lugar donde la mayoría estudiaba o había estudiado o laboraba: la UCV, la Universidad Central de Venezuela, y sus cercanías: el Jardín Botánico, la Plaza Venezuela, Sabana Grande, la Avenida Casanova, la Plaza Las Tres Gracias en Los Chaguaramos, el Parque Los Caobos. Así que fue muy fácil para delatores y policías agarrarlos una y otra vez: era cuestión de esperar que los muchachos volvieran a sus predios.

EL CAMINO EQUIVOCADO

Américo Martín fue uno de esos presos que la gente —convocada en caliente por los partidos, especialmente por AD y el PCV— fue a sacar de Seguridad Nacional. Víctor Hugo D’Paola formaba parte de esa muchedumbre, había llegado de Barquisimeto con su mamá y estudiaba 5to de bachillerato en el Instituto de Comercio Santos Michelena. También Adicea Castillo, estudiante de la Escuela de Economía de la UCV y novia de Américo, estaba ahí. Américo, Adicea y Héctor eran de la juventud de AD y estudiaban en la UCV. Víctor Hugo todavía no estudiaba Administración y Contaduría en la UCV, donde se inscribiría en la Juventud Comunista para luego, por recomendación de Alfredo Maneiro, pedir cambio de militancia a Catia, donde vivía. Con Héctor, Américo y Víctor Hugo puedo reconstruir la historia del paso de la lucha legal de AD y el PCV a la lucha armada en aquellos años y ubicar a las **mujeres** en distintos eventos.

El 31 de octubre de 1958 AD, Copei y URD firmaron un acuerdo de unidad y cooperación ganara quien ganara las elecciones (el llamado pacto de Punto Fijo); el PCV no fue invitado y eso fue un grave error, dice Américo, el PCV seguramente lo hubiera firmado puesto que el día 5-11-1958 declararon coincidir con los puntos acordados en mesas redondas en las que ellos habían participado (A. Martín, 2013: 18). Había antecedentes unitarios; de hecho, las juventudes de los diversos partidos habían actuado unidas en las movilizaciones del 21-11-1957 y del 23-1-1958 y en las actividades de la FCU de la UCV. Como veremos, también coincidieron en la montaña y en las pomposamente llamadas Unidades Tácticas de Combate, UTC, que actuaban en las ciudades. Aunque fue menos la colaboración de comunistas y miristas que la actuación de cada partido por su cuenta, en paralelo.

El progresivo descontento de los jóvenes adecos de izquierda, muchos de ellos ya lectores de la doctrina marxista-leninista, tan impactados por el triunfo de la revolución cubana como los jóvenes de la JC y el PCV, con los que se reunían con frecuencia (sobre todo con Pompeyo Márquez y Jesús Farías, dice Pérez Marcano), presionaban dentro del partido para que el gobierno de Rómulo Betancourt tomara decisiones que la base del partido venía discutiendo desde la caída de Pérez Jiménez. Había dos grupos disidentes dentro de AD: el pequeño grupo que Betancourt bautizó ARS, alrededor de Ramos Jiménez, que objetaba que la materia militar no se discutiera y la decidiera exclusivamente Betancourt; y el mayoritario que conformaba la izquierda de AD, cuyo líder más importante era Domingo Alberto Rangel. Hubo tres acercamientos —forzados por terceros interesados en evitar la fractura— de los jóvenes de la izquierda de AD con Betancourt y la Vieja

Guardia. Pérez Marcano recuerda que, en la primera de tres reuniones de acercamiento de Betancourt a los «cabeza calientes» de la izquierda de AD, estaba Adicea Castillo quien, siendo dirigente universitaria no era del Buró Juvenil de AD. Iba vestida de blanco y Rómulo le dijo: «¡pareces una novia!». . . En la tercera y última, tensa, reunión un colérico Rómulo exigió una rectificación por escrito al Buró Juvenil que había propuesto, como candidato para las elecciones presidenciales, al ex Rector de la UCV Rafael Pizani y no a él. Los jóvenes no aceptaron; la decisión la tomaría finalmente el CDN de AD. Los jóvenes hicieron campaña, pero no por Rómulo sino «por las dos tarjetas blancas», dice Pérez Marcano. En el fondo, era cuestión de tiempo dar el paso que estaba decidido: debían salir de AD, «erigiríamos a la revolución cubana en paradigma de comportamiento revolucionario» (Pérez Marcano, 2007:29). De hecho, Fidel llega a Venezuela invitado por la FCU de la UCV, no por el gobierno, por eso Betancourt eludió reunirse con él.

Todos los intentos de conciliación fracasaron hasta que un detonante llevó a la ruptura de la izquierda de AD, ADi, con la Vieja Guardia que apoyaba las políticas de Betancourt en el gobierno: la publicación de dos artículos en el diario *La Esfera*, en el que escribían, recuerda Pérez Marcano (2007) todos los que Betancourt comenzaría a llamar «cabezas calientes». Uno de los artículos, firmado por Rangel, solicitaba al gobierno que exigiera estabilidad laboral para los trabajadores petroleros de las transnacionales; el otro, firmado por Américo, advertía de una división de AD como ya había sucedido en el APRA peruano. Ambos fueron pasados al Tribunal Disciplinario y la solidaridad de los jóvenes en todo el país no se hizo esperar, con las reacciones previsibles de la Vieja Guardia que controlaba la dirección del partido. En un mitin celebrado en el Nuevo Circo de Maracaibo el 9 de abril de 1960 se consuma la ruptura y nace el MIR, Movimiento de Izquierda Revolucionaria, de ese día son las famosas fotos de los «cabezas calientes» calzadas en bolsas de hielo de aquellas que ya desaparecieron del mercado. A la separación del MIR siguieron la del grupo ARS y, luego, la del Movimiento Electoral de Pueblo, MEP, provocada por el desconocimiento de los resultados de unas primarias que, decían los seguidores de su líder máximo Luis Beltrán Prieto Figueroa, éste había ganado y no Gonzalo Barrios, como se anunció. Pérez Marcano (2007) nombra algunas **mujeres** que llegaron de la izquierda de los jóvenes de AD al MIR: Nora Uribe, Nora Castañeda, Adicea Castillo e Isabel Carmona. Y también nombra a otras mujeres de antes de la caída de Pérez Jiménez, en el exilio en Madrid (que era en su mayoría de izquierda, afirma), donde el partido sacaba 1000 ejemplares del periódico multigrafiado *Mensaje de Venezuela* que distribuían a los exiliados en otros países: la periodista Ana Luisa Llovera, Renée Hartman (que había sido novia de Carnevalli) y la

viuda de Leonardo Ruiz Pineda. A Uribe, Castañeda, Carmona, Castillo y Llovera las mujeres de generaciones posteriores las conoceremos por su constancia en la lucha por los derechos de las mujeres; más aún, con la excepción de Llovera y Castañeda, hoy fallecidas, las otras aún siguen activas. Estas rupturas dentro del partido de gobierno sucedían mientras el país se agitaba por la crisis económica y social que reventó, dice Martín, con la huelga de transporte en el estado Táchira de enero de 1962 que luego se extendió a Caracas (Martín, 2013: 83). Fue el mismo año de tres alzamientos militares que, sin la menor duda, contaron con el apoyo del PCV, dice D'Paola (2014): el primero fue en Catia La Mar y fue dirigido por Víctor Hugo Morales (febrero 1962); al final, develado el golpe, cayeron muchos jóvenes de la JC, pero no D'Paola que se quedó esperando en Caracas unas armas que jamás llegaron; el segundo fue en Carúpano (mayo 1962); y pocos días después, otro en Puerto Cabello (julio 1962), comandado por Pedro Medina Silva (que se había fugado después de caer con el Carupanazo) y Manuel Ponte Rodríguez. El gobierno endureció su política represiva y denunció al gobierno cubano como instigadora de estos eventos que Pérez Marcano define como *putschismo*. Es el año en que la OEA expulsa a Cuba. Ahora bien, no sólo la participación de comunistas y miristas en las movilizaciones populares y en los alzamientos militares llevaron al gobierno de Rómulo Betancourt a la ilegalización del PCV y el MIR, el allanamiento de la inmunidad parlamentaria y la detención de los diputados del MIR y del PCV, sino también acciones armadas llevadas adelante por quienes ya habían adoptado por su cuenta la línea de la lucha armada, independientemente de la línea oficial del PCV y del MIR, partidos que —al final— terminarían adoptando esa línea con el apoyo cubano.

Inhabilitados, dice Martín, «nuestro inconmovible belicismo emprende la organización de focos guerrilleros en escenarios rurales», inspirados en aquellas imágenes «de la entrada de los barbudos en la Habana» (Martín, 2013: 109). La teoría foquista del Che Guevara y Régis Debray se impuso. Décadas después Debray, que trabajó en el gobierno de François Mitterrand, acepta haberse equivocado. Martín lo hizo en la larga entrevista que le hizo Alfredo Peña, en 1978:

Debe saberse que soy uno de los responsables de los errores cometidos. (Era) una política basada en la fuerza de voluntad; se valía de la espectacularidad. No respondía a la realidad venezolana sino a la utopía de un puñado de hombres que creía despertar al pueblo mediante actos ejemplarizantes (Ibíd.: 115).

En esos años, acepta el mismo Martín, en la militancia «se proscibían (el) debate, la crítica, la opinión diferente» (Ibíd.: 116). Raúl Leoni, del partido de gobierno, ganó las elecciones el año 63 con el 92% de los votos válidos, demostrando el pueblo de qué lado se ponía: contra los que no habían logrado ponerse de acuerdo, pues la oposición al gobierno de Betancourt llevó tres candidatas: Wolfgang Larrazábal, Arturo Uslar Pietri y Jóvito Villalba. Pérez Marcano y Martín coinciden en que el MIR debió apoyar a Jóvito, con el que hubo mucha cercanía, pero el MIR se decidió por la abstención militante, es decir, intentando sabotear las elecciones, con lo cual sumaron violencia y descontento entre los votantes. Martín saca cuentas y asegura que si hubieran ido juntos contra AD y Copei le hubieran ganado a Leoni. Después de semejante derrota, Domingo Alberto Rangel, preso en el San Carlos con los otros parlamentarios «allanado» propone volver a la legalidad y abandonar la vía armada, pero el MIR rechaza su propuesta. Rangel abandona el partido y en los mismos días, a comienzos de 1964, el PCV anuncia la línea de la paz democrática. El 3-5-1964 fue el fracaso del desembarco de guerrilleros venezolanos del MIR (Héctor Pérez Marcano entre ellos) y cubanos.

Américo confiesa que se incorporó a su «aventura rousseauniana» (A. Martín, 2013:169) en El Bachiller, por un «súbito impulso» (Id), como tantos como él; confirma que las acciones eran propagandísticas, como «tomas diarias de pueblos y caseríos» en las que no todos los guerrilleros participaban (Ibíd.: 164); el contacto de la guerrilla con Cuba lo realizaba **una mujer**, Astrid Fisher, precisando que a veces le respondían los mensajes Fidel y Oswaldo Dorticós directamente, lo que demuestra la importancia que desde siempre tuvo Venezuela petrolera para Cuba. Lo que Rangel concluyó en diciembre del 63, Martín lo entendería el 67 y el resto del MIR lo haría en 1973, declara y, en este punto, recuerda a tres mujeres que estuvieron hasta 1968 en el mismo Cuartel San Carlos donde él estaba con Pedro Duno, Alfredo Maneiro, Juan Vicente Cabezas, Freddy Muñoz y Carlos del Vecchio, entre otros: Raquel Ríos (viuda de César Augusto Ríos), Mónica Venegas (novia de Américo) y Nancy Zambrano (estudiante de la Facultad de Ciencias, que había escapado de la cárcel de Los Teques y novia de Freddy Muñoz). Ambos pabellones estaban separados por un muro, así que el teléfono de las dos parejas fue el toma corriente.

Lo cierto es que ya para el año 66 no estaban al frente de la guerrilla ni el MIR ni el PCV y sólo actuaban las disidencias de los dos partidos: el douglismo (ex PCV, primero PRV y luego Tercer Camino) y Liga Socialista, OR y Bandera Roja (ex MIR). Actuaban y, como sabemos, sumaban fracaso tras fracaso. Estos rebeldes que insistían en la vía armada contra toda lógica inspiraron muchos de los personajes de los libros de Victoria Duno y Antonieta

Madrid. En cambio, las personas reales a las que se refiere Zago pertenecen a la etapa anterior a la decisión del PCV de replegarse, son militantes del PCV, de la JC y del MIR, es decir, de las muy jóvenes FALN uniformadas de kaki, botas y un FAL encima.

D'Paola explica cómo la militancia fue sorprendida por la salida de la lucha armada y el retorno a la vía legal. Él había tenido que abandonar trabajo y familia en Catia para militar en el Sur de Caracas, donde dirigió primero la Secretaría de Educación y luego la Secretaría Militar, cuya misión era reforzar las acciones armadas que, más bien, «eran una puesta en escena propagandística de una acción de combate (difundida) por Radio Habana Cuba» haciendo creer que estaban «a pocos pasos de Miraflores» (V.H. D'Paola, 2014:53). Cuando, a comienzos de 1964, D'Paola tomó la decisión de formar un comando propio para hacer sus propias acciones, fue informado que del Cuartel San Carlos habían salido dos documentos: uno firmado por Pompeyo Márquez, Freddy Muñoz y Teodoro Petkoff y otro firmado por Eduardo Machado y Guillermo García Ponce. En el segundo se planteaba el repliegue para luego volver a la acción guerrillera; el primero proponía la política de paz democrática que al final se impuso, con el rechazo de Douglas Bravo y Fidel Castro quien, en la Universidad de la Habana, los llamó traidores y convocó a las bases a rebelarse contra la dirección del PCV. El Buró Político del PCV le respondió en un comunicado en *Últimas Noticias*. De sus días en el sur de Caracas, D'Paola recuerda la colaboración prestada por Olga Luzardo, trasladada desde el Zulia, «toda una dama (aunque) bastante dogmática. Me regaló un libro cuyo título la define: *Flor de cactus*. Poesía de combate, rebeldía, tal como era ella» (Ídem).

Los años siguientes a la decisión por la paz democrática fueron años de semiclandestinidad para los comunistas y miristas que habían estado muy comprometidos con la guerrilla, de ahí que Argelia Laya (Jacinta) se haya presentado sin ser anunciada en un mitin electoral de UPA en 1968. Unidad para Avanzar, UPA, fue el nombre de la organización creada por el ilegalizado PCV para ir a elecciones presidenciales y parlamentarias en 1968, apoyando a Luis Beltrán Prieto (el «orejón», máximo líder del Movimiento Electoral del Pueblo, MEP) con la fórmula «oreja-gallo»: Presidente oreja y congresista gallo (símbolo de los comunistas). Dos tarjetas.

En líneas generales, Olga Luzardo y Argelia Laya (PCV) mencionadas por D'Paola, coincidían con el análisis de la lucha armada de D'Paola, Martín y Pérez Marcano. Así lo podemos leer en las entrevistas que les hicieron Fania Petzoldt y Jacinta Bevilacqua (1979). Pero, en otra entrevista realizada por el *Grupo Feminista Miércoles*, Argelia fue muy precisa al denunciar el tratamiento y las funciones que se les dio a las mujeres que subieron a la

montaña y a las campesinas del entorno, un asunto con el que había disentido radicalmente Ángela Zago en su testimonio de 1972.

MUJERES CON BOTAS Y FAL

Durante varios días de 1987, las mujeres del grupo *Miércoles* entrevistamos en una finca de Puerto Cabello a Argelia Laya (entonces de la dirección del Movimiento Al Socialismo, MAS, partido disidente del PCV a comienzos de los años 70) sobre su vida y sus luchas diversas. Ahí se nos presentó como la hija de un montonero antigomecista, semianalfabeta y negro, casado con una mujer poeta, una «cantautora», que tocaba la guitarra mientras cuidaba a sus hijos y estaba al frente del hogar, en Río Chico primero y luego en Caracas, que fue donde Argelia estudió para maestra en la Escuela Normal. Nos dijo que había militado en la juventud de AD antes de recalar en el PCV y que había sido evangélica, aunque ahora se consideraba «más practicante que creyente». Nos habló de la igualdad de varones y niñas de la que la convencieron su padre y su madre, hasta que en carne propia comprobó que esa igualdad no era aceptada socialmente, ni en los partidos en los que militó ni en el matrimonio. Tampoco en la guerrilla a la que decidió subir enfrentando la opinión de quien entonces era su marido, «el gordo» Rafael Martínez (uno de los dirigentes de la ciudad que aparece —sin ser nombrado— en el testimonio de Ángela Zago del año 72), así como del resto del Buró Político del PCV que, entonces, mostró su acuerdo con el marido. En una de esas discusiones el marido le dijo: «¡Es que si tú no te bajas a ti te van a expulsar del partido!», a lo que Argelia respondió, «pues lo siento mucho, entonces ¡que me expulsen!» y entonces consultó a sus tres hijos si querían que los enviaran a Cuba a estudiar mientras triunfaba la guerrilla: Perucho de 15, Rafael de 11 y Luis Guillermo de 10 dijeron que no, que ellos los esperaban en Caracas con su abuela. Y Argelia volvió a subir a los Humocaros del Estado Lara, pues ella venía de la lucha contra Marcos Pérez Jiménez y no iba a convertirse ahora «en la perfecta esposa del dirigente».

Argelia, que aparece en algunas fotos del video con su FAL a cuestas, aclara en la entrevista que ella nunca fue comandante sino dirigente política del FLN, Frente de Liberación Nacional, como integrante del Buró Político del PCV que era. Asistía a los llamados Plenos de la Comandancia y dice que le «da una rabia cada vez que se acuerda» de cómo se enfurecía el marido en esos plenos cuando ella disentía de la opinión del Buró Político o la de él. En esos plenos siempre se mostró contraria a la utilización de las mujeres en la política y en la guerra. Le daba indignación comprobar

Que las campesinas le hacían la comida a los guerrilleros, le lavaban la ropa a los guerrilleros, les buscaban la comida, hacían el correo, iban, venían, arriesgaban su vida, trasladaban las armas y además se enfrentaban con los ejércitos (pero) resulta que tú reunías las células del partido o del FLN-FALN y lo que había era ¡puros hombres!

La verdad es que ellos siempre creyeron que las mujeres debían ir a la guerra no para compartir la lucha sino para

ellos tener una mujer con quien acostarse, como me parece haber encontrado en la historia de las revoluciones en el mundo entero... las soldaderas eran para acompañar a los hombres, para compartir el lecho con ellos (aunque) a veces aparecían unas mujeres que eran unas verdaderas comandantas.

Dice que una vez, uno de esos oficiales desertores de las FFAA que se fueron a la guerrilla se lo planteó abiertamente, sin rubor: que requería que subieran 9 mujeres porque él tenía un destacamento de 9 hombres y cada uno debía tener la suya para evitar problemas. Argelia le respondió que las mujeres no subían a la guerrilla para «ser usadas». Con esa mentalidad, no era raro que hubiera sucedido aquél «relajo» en Falcón que concluyó en la peor injusticia machista de la historia de la lucha armada en Venezuela, dice, cuando fueron responsabilizadas las mujeres y se prohibió que subieran otras: una fue fusilada (Conchita Jiménez) y a raíz de esto otra se suicidó (Trina Urbina). Argelia dijo entonces que la responsabilidad no había sido de ellas, sino del comandante que había permitido que las cosas hubieran llegado hasta ahí; también rechazó la decisión de que ninguna otra mujer subiera a la montaña.

Ese paisaje de tunas, piedras y chivos de Los Humocaros (Estado Lara), ese lugar en los que los campesinos alimentan a sus hijos con fororo, en el que se come dulce de leche con tomates y se toma cocuy, esa tierra en la que actuaba como dirigente política del FLN Argelia Laya es el mismo que caminaba, subiendo a la montaña y bajando a los caseríos, la guerrillera que llegó en 1964 de Caracas, donde la JCV ya no podía garantizarle seguridad, pues después del Porteñazo la represión era muy fuerte y ya tenía cuatro meses «enconchada»; para completar, tenía un hermano preso en la isla del Burro y un cuñado en la cárcel de Tocuyito. La guerrillera de 20 años se llamaba Ángela Zago y ya había sido detenida en 1963. De todo ello dejará testimonio publicado en 1972, en *Aquí no ha pasado nada*.

Si antes he calificado el relato de Zago como testimonio novelado es porque —como tenía que ser— la autora nunca da ni direcciones ni nombres de gente que no sólo seguía viva después de la política del paz democrática del PCV sino que, como queda dicho, mucha de esa gente seguía actuando militarmente a nombre de las varias disidencias del PCV y del MIR. Zago usa los pseudónimos que algunos tenían pero muchas veces ni siquiera menciona los verdaderos pseudónimos que usaban entonces los guerrilleros y los compañeros que la protagonista deja en Caracas, cuando la JC decide que ella debe «subir» por medidas de seguridad; o los que deja en Lara, cuando baja a curarse. Ni siquiera una figura pública antes y después de que el PCV y el MIR abandonen la guerrilla, aparece con su propio nombre, sino con sus varios pseudónimos: el Comandante Argimiro Gabaldón (Carache, Gaspar, Sigfrid), especie de ángel de la guarda de la guerrillera que en el texto se llama Morella, y una leyenda en vida que se creció aún más con el trágico incidente en el que otro guerrillero, Chucho Vethencourt (Zapata), lo mata por accidente al disparársele el M2 que había prestado para una guardia y tenía una bala en la recámara. Por cierto que Vethencourt, después de bajar se une al MEP del que sale en 1969 para retornar al MIR a recomponer el partido dividido en tres pedazos, precisa Américo Martín en sus memorias. Tampoco los hechos son narrados cronológicamente por Zago, sino cuando la lógica del relato lo permite.

Su narración comienza en la «despedida» que le hacen sus amigos y un hermano; a su madre la llevan al día siguiente con los ojos vendados para que se despida, no la veía hacía meses pero no puede decirle que está saliendo a la guerrilla, con ropa de kaki de hombre y botas en el equipaje; desconoce tanto de lo que va a vivir que, en vez de llevarse el radio, se lo regala a la madre. A la primera parada llegó en un carro que se accidentó y tuvo que ser remolcado por un taxi y escoltado por una patrulla de la Digepol, Dirección General de la Policía, que paró al taxi para saber qué pasaba. El carro era manejado por Rosa, una camarada que había estado en Falcón y pidió la baja para encargarse de las hijas. Rosa hace lo que muchísimas mujeres hacían entonces: ser correo, llevar y traer gente, armas, dinero (ese día Rosa llevaba 70 mil bolívares — entonces 16.279 U\$A— para el Frente), medicinas y alimentos. Lo hacían sin mayor apoyo del FLN-FALN para, por ejemplo, garantizarles el buen estado de sus carros particulares. A Morella la reciben tres guerrilleros: dos de 20 y poquitos y uno mayor de 28-30 años. Con uno de los tres, Marcelo, 23, Morella va a vivir una historia de amor permanentemente interrumpido, por las circunstancias y por su propia contención, que atraviesa todo el relato de su paso por año y medio en la guerrilla; antes de la guerrilla «ni novio he tenido. Se me había olvidado pensarlo» (Zago, 1972: 22). Morella vive la

contradicción entre lo que «debe ser» y lo que se desea, que se triplica cuando se trata de una joven mujer comunista de los años 60 que comenzó a militar a los 13 en el Liceo Andrés Bello. Ellos le presentan su compañero fijo en adelante, un FN30, el fusil que debe limpiar con aceite 3 en 1 cada mañana aunque nunca entre en combate como, en efecto, Morella nunca entrará, aunque sí vivió cercos militares y varios de sus camaradas y de los campesinos a quienes llegó a querer mucho fueron torturados y asesinados, sobre todo después de que las FFAA verificaron que el cadáver del «italiano» que murió en el Hospital de El Tocuyo sí era el del más importante comandante guerrillero de Los Humocaros, Argimiro.

Después de los primeros ejercicios militares, es nombrada secretaria política y militar del grupo encargado de las relaciones con los campesinos y, para esto, contará con el apoyo de 40 personas que ya militaban o simpatizaban con los comunistas o con los guerrilleros, pero que no guardaban las mínimas medidas de seguridad, así que cuando se reunían una vez por la cuaresma lo hacían todos juntos. Le costó imponer organización y seguridad, pero lo logró con el apoyo de sus compañeros. Así se lo informa a Marcelo en carta de agosto de 1964 que firma «Por la Patria y por el Pueblo», con una postdata en la que hace dos advertencias: «Las mujeres no asisten a las reuniones, aunque trabajan. Hay serios problemas en la hacienda donde trabajan, y en lo personal, (los hombres) beben demasiado» (Ibíd.: 39-40), un asunto grave porque el cocuy le soltaba la lengua a los campesinos. Lo que se le ocurrió a Morella fue crear una unidad del Ejército Rojo integrada por cinco de los más bebedores; tamaña responsabilidad, le dice a Marcelo en otra carta, frenó la farra. Su grupo se encargaba también de hacer que los niños fueran a la escuela y de apoyar a la maestra; y de ayudar a curar a los enfermos con las medicinas que «el doctorcito» (un estudiante de Medicina) llevaba siempre en los bolsillos y asistir a la enfermera del dispensario.

Con Morella conocemos de cerca a las mujeres de las que hablaba Argelia con *Miércoles: Abajo*, en el caserío, la abuela que los deja montarse en el chinchorro y les da fororo si llegan a eso de las 6 pm, recuerda el olor a leña quemada de su rancho; la madrina, una «casi catira» con una «mirada tierna y cariñosa»; también hay una mamá «que es más política que su compañero y es de las pocas mujeres, junto con mi madrina y su hija, que asisten a las reuniones» (Ibíd.: 40). *Arriba*, Petra María, la primera guerrillera que conoció y se empeñaba a enseñarle a caminar, aunque ella misma sudaba y se cansaba; Josefita, novia de uno de los jóvenes que la recibió al llegar de Caracas, con la que no había empatía alguna, «Me parece que se trata de celos» (Ibid:28); y Jacinta (Argelia Laya). Al final llegó Tania, militante del FLN que se convertiría en una buena compañera de Morella en medio de un cerco de muchos días y

cuya «única preocupación era esperar la llegada del Capitán» (Ibíd.: 142), el esposo por el que había «subido» y al que los «cazadores» de las FFAA mataron después. En medio de ese cerco de abril del 65 Morella cumplió 21 años, días después detuvieron, torturaron y mataron a Marcelo, de 29. Arriba llegaron también mujeres de visita, como la esposa de Argimiro con una amiga, y la madre de Morella.

El encuentro de Morella con Jacinta (Argelia Laya) no pudo ser peor. La manda a llamar y luego le habla aparte, pues en el lugar de la cita hay más gente. Argelia le pregunta cómo se siente y si los compañeros no la han molestado, también le pregunta si no le gusta alguno de los compañeros y le resume lo que, suponemos –por la coincidencia de fechas- es el evento en Falcón que ya hemos mencionado:

Me dice a modo de información que no sé en qué frente desean bajar a todas las mujeres, que nosotras debemos demostrarles lo que podemos hacer; (la) cara se me pone caliente, siento que la debo tener roja. No digo nada, sólo oigo ¿Qué se pensará esta vieja loca? (...) ¡Vieja atrasada! (Me) recomendó que no usara pantalones pegados porque a los camaradas no sé qué vaina les da. (Ella) debe ser algo así como una monja roja (Ibíd.: 59).

Lo único bueno de ese día, dice Morella, es que el Comandante Zapata la dejó acostarse en su hamaca, pues su destacamento dormía en el suelo. La antipatía de Morella por Jacinta nunca cesará a partir de entonces y más parece un rechazo a la autoridad del partido que enviaba emisarios con órdenes y no –como tendría que haber sido su obligación— con ayuda material a las necesidades de guerrilleros y campesinos de la zona; parece más esto que un rechazo a las advertencias de una señora que podría ser su madre, casada con tres hijos y que se ha estado enfrentando en el FLN-FALN a la propuesta que salió de Falcón de bajar a las mujeres de los frentes después de aquél al que calificó de «relajo». Pero Morella tenía apenas 20 años cuando ocurrió esta conversación que la enfureció; seguramente estaba esperando un reconocimiento de la dirección a su trabajo como secretaria política y militar en un caserío de 40 familias que –también por su proceder y su tesón— estaban colaborando con la guerrilla ¡Y la otra le sale con lo de no usar los pantalones pegados que, de paso, nunca usó! Quizás hubo, también, celos de la jovencísima Morella por Jacinta, muy admirada por su amado Marcelo.

El reconocimiento le vendrá cuando un día la manda a llamar Argimiro y sus hombres la presentan como Sargento Mayor Morella. La simpatía

inmediata por Argimiro, «la sonrisa más bella del Frente» (Ibíd.: 76) es inversamente proporcional a la antipatía inmediata por Argelia. De él siempre recibió consejos, muchas veces en papelitos que, dice, la enseñaron a pensar y plantearse un montón de dudas sobre lo que había estado dando por seguro. Cada vez más, cuando un dirigente del partido le pregunta *¿Tú qué piensas?* esa pregunta se le transforma en una afirmación: *Tú piensas*. Un día decide solicitar el pase a la Brigada 31 de Argimiro, con su anuencia, pero la Comandancia lo objeta, especialmente Jacinta y su marido, que le hablan de su compromiso con el trabajo de base en el caserío. Acepta que un día «Los insulté, lloré, peleé. Y se me ocurrió preguntar ¿Qué es el Partido? (El) Partido somos nosotros (ustedes están en contra del Partido). (No) quiero estar con ustedes» (Ibíd.: 108-9).

A pesar de sus diferencias con Jacinta, Morella conviene en que hay un trato diferente con ella sólo por ser mujer, como el día en que unos jóvenes a su cargo adelantaron el reloj para saltarse una guardia: «a Marcelo (no) se atreverían a adelantarle el reloj (creían) que a cuenta de mujer me iban a joder» (Ibíd.: 50). O el día en que llegó un combatiente de otra zona preguntando quién estaba al mando y le dijo que era ella: «¿Tú? Me vio con desprecio (y agregó): Necesito que me lleven inmediatamente ante el Comandante Zapata (soy) el Comandante de la Brigada 11». Ella le explicó lo que había que hacer para hablar con Zapata, discutieron. Por un rato él «se quedó echando pestes contra las mujeres» (Ibíd.: 65) hasta que el Comandante Gerónimo hizo lo que ella ya le había dicho: debía escribirle a Zapata y esperar que lo llamara. Así que, coincidiendo con Jacinta en las diferencias de tratamiento a hombres y mujeres, nunca lo acepta y en su testimonio se refiere a Jacinta y su marido el Gordo como generales que llegan a revisar sus tropas. Añade Morella que en todo el tiempo que estuvo ahí, Jacinta sólo bajó una vez al caserío y fue para reunir sólo a las mujeres porque «ese es su tema»:

Tuvimos que calarnos un horrible discurso acerca del papel de la mujer en la revolución rusa. De la historia del trabajo de la mujer en la Segunda Guerra Mundial. Las campesinas oyeron, me vieron y dijeron todo el tiempo así es... así contestan ellas cuando no entienden (Ibíd.: 88).

La participación de las mujeres en la política, la doble jornada de las mujeres en la guerra y en la paz, ciertamente son los temas de siempre de Argelia, desde antes de que el PCV se fuera a la lucha armada y hasta el día en que murió defendiendo la cuota femenina en las listas electorales. Lo que la

joven Morella considera un «horrible discurso» que las campesinas no entienden, lo interpreto como un discurso de vanguardia en aquellos días, pero que Argelia sabía que podía interesar a las mujeres de cualquier parte del mundo, especialmente a las campesinas de los Humocaros que estaban apoyando a los comunistas como otras campesinas apoyaron a Lenin y Trotsky en Rusia el año 17. El «así es» no ha significado nunca en Venezuela que no se entiende sino todo lo contrario. De hecho, es una de las muletillas más comunes de nuestra habla cotidiana y la más frecuente de Argelia.

Argimiro murió en diciembre del 64 y en su honor los sobrevivientes organizaron una cena de fin de año, ratificando el compromiso con los campesinos; más tarde, a comienzos del 65, reciben la orden de conmemorar la caída de Pérez Jiménez el 23 de enero. Aquí la joven Morella demuestra la justeza del refrán recogido por Kotepa Delgado para titular su columna de *El Nacional*: «Escribe que algo queda»... que aquí sería: habla, que algo se transmitirá sin que sepamos cómo ni a quienes. Morella toma la palabra y dice algo que ya había escrito a Marcelo en carta de agosto del 64:

Hay pocas mujeres en este acto (¿Por qué) no se incorpora más de frente a las mujeres? ¿Dónde están las hermanas y las mamás de los presentes? ¿Qué extraños son estos camaradas que desean hacer la revolución...sin sus mujeres por favor! Es que ellas no saben nada de eso y es que ellas tienen que cuidar a los niñitos ¿y es que yo sí puedo? ¿Qué extraños son esos comunistas que desean que su país sea comunista, pero que sus mujeres y sus hijos no! (Con) un poco de hipocresía hablo bien de la camarada Jacinta, porque no me queda otro recurso y tengo que reconocer que tiene mérito su puesto aquí. Ella es madre de familia y miembro del Comité Central de nuestro Partido (Ibíd.: 156).

Sólo después del cerco de abril del 65, el Partido que ya está dividido por la decisión de abandonar la lucha armada y volver a la legalidad, decide «bajar» a Morella, debido a una persistente tos y dolor en el pecho. El hombre que la lleva a su casa le pregunta donde quiere que la deje y al ver un puente conocido, le dijo Morella: aquí mismo. Es el puente de la Plaza Venezuela que lleva a la UCV. Una elección similar a la que hizo Pérez Marcano cuando fracasó Machurucuto el año anterior: llegó caminando a la UCV.

Parece que cuando salió el relato de Zago, un crítico literario comentó que era un compendio de errores ortográficos. No me lo parece así y creo que ambos leímos la misma edición, quizás algún error sintáctico haya pero

ninguno ortográfico. Más bien coincido con la opinión de Elisa Lerner en la revista *Imagen*, ese mismo año 72, en la crónica titulada *La larga y excepcional excursión de Ángela Zago*: «Su relato es más revelador, honesto y entretenido que la mayoría de los artículos de nuestros políticos» (E. Lerner, 2016:146).

DESOLVIDAR

Hablando de Elisa Lerner, hay un tema que atraviesa desde 1959 sus crónicas recientemente reunidas en un solo tomo (2016) y es su preocupación por la falta de memoria de los venezolanos, ese mecanismo colectivo de olvidar o, más precisamente, de no hacer el esfuerzo por recordar críticamente el pasado histórico para no tropezar con la misma piedra o, al menos, intentarlo. Por eso también saluda en 1972 el testimonio de Zago. Suponemos que entonces no había leído la primera novela escrita por mujer sobre aquella «década terrible» como la llama Américo Martín en el tomo 2 de sus memorias, dado que esta novela fue publicada en 1971 por una editorial pequeña con poca distribución en las librerías. El título es *El desolvido* y está escrito por Victoria Duno, que ahora es amiga de Elisa y se llama Victoria De Stéfano, su nombre de soltera, el original.

La novela tiene 27 capítulos breves y en cada uno los personajes se van presentando y elaborando sus análisis particulares sobre la vida elegida saliendo de la adolescencia, sus ganancias y sus pérdidas. Todos ellos pertenecen al partido o a las unidades tácticas de combate, UTC, o apoyan de alguna manera a los combatientes urbanos. Con una excepción todos son hombres: Fabrizio, Marcos, Lucas, Pascual, Ramón, Fragar, Calatrava... Algunos coinciden en una misma celda de la cárcel, otros comparten una «concha» después de una «acción» o preparando la próxima. Todos se conocen, eso sí, que no eran tantos los que estaban comprometidos con la guerrilla urbana en una misma ciudad, quizás por eso fue tan fácil la delación y la captura de muchos. Como sucedió en la vida real, no todos los camaradas vienen de abajo, como Fabrizio y su mujer; por ejemplo, Lucas es un intelectual de clase media más bien alta que, a pesar de todo, tiene una buena relación con su «viejo», que lo visita en la cárcel y lo aconseja calmadamente:

Mijo, eso está perdido. (No) quedan más que cuatro tipos echando tiros; muertos de hambre, acosados, perseguidos. Yo puedo lograr tu salida, pero no muevo un dedo si sé que en lo que salgas te vas a enmontañar como un pendejo. ¡Qué va mijo, yo no quiero que te maten! (Duno, 1971:40).

El viejo de Lucas sabe lo que dice: a los muchachos de las UTC los enfriaban en la montaña un tiempo, hasta que bajara la represión que se había exacerbado en la ciudad después de una de sus acciones. Cuando se leen los testimonios y la literatura de esos años se ratifica la idea de que algunos de los campamentos guerrilleros eran también una especie de «escuela» de guerrilleros que actuaban más en las ciudades que confrontando a las FFAA en las montañas. Enfriarse en la montaña fue parte de la historia de Fabrizio, que sale de la cárcel a la montaña y luego lo «bajan» para realizar una acción que puso a todas las fuerzas de seguridad tras él y otro camarada hasta que los ubicaron en la «concha» donde lo acribillaron después de un intercambio de tres horas en el cual Fabrizio, cada vez que acertaba un tiro, gritaba de alegría. Cayó armado y sobre la cama.

Cuando aún estaba preso Fabrizio, que «era serio y reservado» saltaba de contento cuando leía en el periódico sobre alguna acción:

Decía que le picaban las manos por tener una metra bien agarrada: la metra, la granada y la pistola. Le angustiaba no haber participado, pero la emoción por la acción predominaba por encima de todo (Ibid: 77).

Y es que, para muchos de aquellos jóvenes, no había más vida que esa en la que se hicieron hombres; para ellos ya no había vuelta atrás, no podían sino desoír las decisiones de sus partidos. Calatrava le dice en una carta a Pascual: «Tengo 27 años, 8 con la metra enchufada (sin guerra no hay nada» (Ibid.: 84). Pero también reconoce que han venido actuando sin norte y aislados, porque la revolución «es la arrechera de un pueblo» y aquí «el valor se ve tan solitario» (Ibid.: 82):

Necesitamos gente que ponga a funcionar las pistolas con el cerebro (Los) muchachos son todos como yo, malos para usar la cabeza, bien buenos para el plomo y el corre corre y los que le meten cabeza a la cuestión son como Mario (no) saben para donde coger) (Ibid: 83).

A la altura del capítulo 17, más allá de la mitad de la novela, cobra vida el único personaje femenino: Carmen, que los otros personajes sólo habían mencionado porque traía noticias de Fabrizio a la cárcel; está estudiando en la UCV y siente repulsa por sus compañeros que, al contrario de ella, que requiere graduarse cuanto antes para mejorar su vida, no les importa perder un año por reivindicaciones del personal o por la renovación académica que

han emprendido; jóvenes que se burlan de «los cuatro bolsas que todavía tienen las bolas de ser guerrilleros» y se preparan para ser profesores, autoridades universitarias, trabajar en el INCIBA y cuentan que fueron a una fiesta en casa de los Otero donde conocieron a nuestro Premio Seix Barral. Con el último dato y puesto que sólo hemos tenido un Seix Barral (precisamente sobre una novela sobre la guerrilla, País portátil) que era profesor de la escuela, no hay mucho más que agregar para saber que Carmen estudiaba Letras en la UCV. De nuevo la UCV. Es la misma escuela donde yo estudiaba entonces, después de abandonar Biología y a los «fraccios» y donde fui «renovadora». En el capítulo 18 Carmen se presenta:

Tengo 26 años. (Mi) madre era una lavandera zamba, mi padre un campesino blanco. Yo soy una india pequeña, delgada, que conoce la ira, el odio, el desprecio, que ejerce todas esas cosas terribles, con una voz dulce, humilde, mantenida (Ibíd.: 107)

Ciertamente, una mujer con una historia personal política como la suya, no era la típica estudiante de Letras de esos años; Carmen no podía más que sentirse extraña.

En el capítulo 19 el tiempo ha pasado y en un bar dos de aquellos muchachos juegan dardos mientras Ramón y Pascual se toman unas cervezas; recuerdan, mencionan que Marco está de nuevo preso y Ramón piensa que Pascual está enquistado en el pasado: «Si se hubiera olvidado de todo esto, se habría conseguido un buen trabajo. (Quisiera) hacérselo comprender. No vale la pena, ya no tiene consuelo» (Ibíd.: 113). En el capítulo 20 Pascual se encuentra con Carmen que había estado presa por el asunto de unas armas; ella le dice que está «harta de visitar presos, de oír sus chismecillos» (Ibíd.: 121) pero no harta de todo, pues a los dos meses de salir de la cárcel ya estaba «empaquetada» en la rutina del apoyo logístico aunque «con dudas...Porque yo siempre las tuve» (Ibíd.: 122). Dudas, aclara, en relación a

La efectividad de (llevar) a fulanito para tu casa, guarda estas armas, busca una concha, medicinas, pañuelos (Un) trabajo archiclandestino. Una farsa: una infinidad de movimientos inútiles. Resultados nulos... (Ibíd.: 122).

También le cuenta que conoció a una especie de genio que resultó ser un loco que hizo que la expulsaran del partido. En el capítulo 21 Carmen clama por toparse con un hombre normal: «un hombre ingenuo al que todavía no le hayan desollado el lomo (Pero) que sea ahora que todavía

puedo... Hoy, pronto: un hombre estúpido que todavía pueda creer que creer vale la pena» (Ibíd.: 129). Pero Carmen sigue «rememorando el pasado ¿Y tú?», le dice Marcos preso a Lucas en una carta. La novela concluye como continuó la vida de muchas Cármenes y Pascuales en los años siguientes: listos para «tirar una acción» sin futuro, con el único objetivo de que aquello por lo que murieron Fabrizio, Calatrava y otros, no muriera con ellos, porque de otra forma «será imposible que los vivos salven a los muertos. Todo depende de que hagamos algo antes de que sea demasiado tarde» (Ibid: 161), le dice Carmen a Pascual, pero en silencio ambos saben que esto no sucederá. Sólo la literatura ha hecho posible esa resurrección de los muertos, sus ilusiones y sus fracasos.

Los personajes de los relatos (1972) y la novela (1975) de Antonieta Madrid son caraqueños o provincianos radicados en Caracas, estudiantes o profesionales egresados de la UCV que están comprometidos con la lucha armada en la ciudad o que suben y bajan del monte haciendo correo o «enfriándose» entre una acción y otra. La mayoría son mujeres pero no son guerrilleras como Morella o jefas políticas del PCV-FLN como Jacinta en *Aquí no ha pasado nada* sino, jóvenes que atraídas por la utopía socialista ejercen la solidaridad que, seamos serias, en la vida real permitió a los combatientes por la utopía sobrevivir un poco más de lo que hubieran resistido, dado su aislamiento de los partidos de los que originalmente procedían y de los mínimos recursos de los que disponían. Estas mujeres de A. Madrid prestan su apartamento al militante cuando salen de vacaciones o asisten a un congreso, les prestan las casas de sus padres en la playa, los citan en un bar de Sabana Grande, el restaurante *Ling Nam* de Los Chaguaramos o una discoteca o la cueva gitana *Monterrey* (un día coinciden ahí con César Girón) antes o después de que el otro (porque siempre el otro es un hombre) haga un contacto para «tirar una acción». Son las que los llevan y los traen en sus carros o se los prestan; incluso, son las que se involucran en un plan para sacar un camarada del Hospital Militar. Son jóvenes que, como se dice, estudian o trabajan y que —en estos relatos— aún viven con sus padres, no están casadas ni tienen hijos.

Y son mujeres que se enamoran de esos utopistas, porque quieren «creer que creer vale la pena», como dice Carmen al final de *El desolvido*; y esos hombres con los que no se puede contar cotidianamente, que aparecen y desaparecen sin dar explicaciones, encarnan esa idea en la que quieren creer. Una noche todos hablan mientras oyen a Alí Primera y la narradora protagonista de *No hay tiempo para rosas rojas* piensa, oyendo a Daniel Sin Nombre:

Y a medida que hablabas los recuerdos brotaban de mi cabeza como desde una caja de sorpresas y eras tú y era cada una de tus partes y era la revolución cubana y era la revolución marxista y eran tus ojos y era la revolución china y eran tus labios y era cada parte de tu cuerpo, cada poro, cada concavidad; y era que toda revolución implica un cambio radical transformación total de la vida de los pueblos y era tu voz y eran tus ojos delirantes y era tu voz y era la voz de Alí, acezante (1975)

Cambio radical, transformación total, de los pueblos y, se supone, de los que impulsan ese cambio, esa transformación. Lo malo es que, como siempre, con el paso del tiempo, esas mujeres jóvenes que trabajan o estudian o las dos cosas, se dan cuenta de que el aborto es aceptado teóricamente pero nunca cuando se trata de tu mujer: «No has debido hacerlo (...) Era mío» (Ibíd.: 120). O que las parejas abiertas, son consideradas abiertas sólo de un lado, nunca del lado de la mujer. De manera que ella, que estaba convencida de lo que él decía, que él «era el Simón Bolívar de este siglo», que él «tenía un mensaje para el mundo» (Ibíd.: 159), y que por eso no tenía tiempo para una relación exclusiva con alguien, cae del limbo la tarde que Daniel Sin Nombre le cae a golpes cuando la encuentra en el apartamento de otro camarada. Lo único que queda abierto en *No es tiempo...* es el final, lo dejan abierto 25 pastillas de *Valium* de 5 mgrs.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- D'Paola, V. (2014). *Una vida en la izquierda*. Memorias políticas. Caracas, s.n.t.
- Duno, V. (1971). *El desolvido*. Caracas, Ediciones Bárbara.
- Grupo Feminista Miércoles. (1987). *Argelia Laya, por ejemplo...* Video. Caracas, Centro de Estudios de la Mujer de la Universidad Central de Venezuela.
- Leonardi, M. (1983). «El movimiento femenino 1932-1983». En: VVAA. *Venezuela biografía inacabada*. Evolución social 1936-1983. Caracas, Banco Central de Venezuela y Despacho de la Ministra de Estado para la Participación de la Mujer en el Desarrollo.
- Madrid, A. (1972). *Reliquias de trapo*. Caracas, Monte Ávila Editores
- Madrid, A. (1975/2005). *No es tiempo para rosas rojas*. Caracas. Monte Ávila Editores Latinoamericana (Biblioteca Básica de Autores Venezolanos, 18).
- Martín, A. (2013). *La terrible década de los 60*. Memorias II (1960-1970). Caracas, Editorial Libros Marcados.

- Petzoldt, F., y Bevilacqua, J. (1979). *Nosotras también nos jugamos la vida*. Testimonio de la mujer venezolana en la lucha clandestina 1948-1958. Caracas, Editorial Ateneo de Caracas.
- Sánchez, A., y Pérez, H. (2007). *La invasión de Cuba a Venezuela*. De Machurucuto a la revolución bolivariana. Caracas, Los libros de El Nacional (Col. Fuera de Serie).
- Zago, A. (1972). *Aquí no ha pasado nada*. Caracas, Síntesis Dosmil (Col. Testimonios).